

El cambio en el liderazgo en China y el futuro de la República Popular

Gracia Abad Quintanal

Prof. Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Universidad Nebrija

E-mail: graciaabad@yahoo.es

Recibido: 20 enero 2013

Aceptado: 20 marzo 2013

RESUMEN: En el recientemente celebrado XVIII Congreso del Partido Comunista Chino han resultado elegidos, como es habitual, los líderes que regirán los destinos de la principal potencia emergente en los próximos años y acerca de los cuales las dudas parecen ser muchas más que las certidumbres. Esta circunstancia hace particularmente interesante una revisión de los procedimientos por los cuales son elegidos dichos líderes, las posiciones que están llamados a ocupar y el poder de que, desde ellas, dispondrán. Y es que resulta más que notoria la complejidad que encierra el actual sistema político chino, pues, a las estructuras propias de un sistema leninista de partido-estado clásico, une las peculiaridades adquiridas por un estado que ha transitado desde el totalitarismo al autoritarismo. Por otra parte, los cambios habidos en el terreno económico, mucho mayores que los acontecidos en el político, sólo contribuyen a hacer aún más difícil la comprensión del sistema.

PALABRAS CLAVE: XVIII Congreso del Partido Comunista Chino, quinta generación de gobernantes, Xi Jinping, crecimiento económico, reformas sociales.

Change in the Chinese leadership and the future of the People's Republic

ABSTRACT: The future leaders that will govern the main destinations of the principal emerging power during the next years were elected, as usual, in the XVIII National Congress of the Communist Party of China. There are more doubts that certainties about them. This circumstance makes the inspection of the procedures that they use to choose those leaders more interesting, as well as the positions they have to hold and the power they will have. The complexity that covers the current Chinese political system is really important, because the particular structures of a Leninist classic party-state system are added to the peculiarities acquired by a state that has gone from totalitarianism to authoritarianism. On the other hand, the changes that have taken place in the economic environment, bigger than those in the political environment, only make the understanding of the system much more difficult.

KEYWORDS: XVIII National Congress of the Communist Party of China, fifth leader generation, Xi Jinping, economic growth, social reforms.

Introducción

El complejo proceso de transformación en que se encuentra inmersa la República Popular China desde hace más de tres décadas hace que su sistema político sea frecuentemente definido a partir de adjetivos y locuciones notablemente diversos, y en ocasiones hasta contradictorios. En este sentido, ateniéndonos al texto constitucional vigente desde 1982 podemos claramente considerar a China como una «República Popular». Asimismo, en un tono ciertamente coloquial no es extraño encontrar referencias al estado asiático como «socialista» y «comunista». Frente a unos y otros no faltan quienes consideran a la República Popular China poco menos que un estado «capitalista salvaje» caracterizado por un consumismo cada vez mayor y donde los niveles de protección social distan mucho de ser aceptables. ¿Cuál de estas consideraciones es la acertada?

En realidad, podríamos decir que todas y ninguna. En general, el problema con esos y otros planteamientos reside en dos cuestiones: la dificultad de valorar simultáneamente la evolución de los sistemas político y económico en China y la tendencia existente en ocasiones a analizar el sistema chino prestando atención únicamente a algún aspecto concreto.

El sistema político chino

A la vista de esas dificultades, un análisis serio del actual sistema chino debe pasar por catalogar el sistema político existente de autoritario¹. En efecto, nos encontramos con un sistema de carácter no democrático donde, sin embargo, los límites están bien definidos y no hay arbitrariedad; hay cierto grado de disidencia, al menos ciertas «mentalidades peculiares» aún dentro del propio régimen y no hay un esfuerzo movilizador extenso por parte del régimen. En otras palabras, la República Popular China habría dejado de ser el estado totalitario que un día fue.

Ese cambio en lo político va de la mano de las transformaciones experimentadas en lo económico por el estado asiático desde que en 1978 Deng Xiaoping pusiera en marcha las reformas orientadas a una mayor apertura exterior y, de paso, a impulsar su crecimiento económico.

¹ Para una correcta distinción entre regímenes autoritarios y totalitarios, ver J. J. LINZ, «An Authoritarian Regime. The Case of Spain», en E. ALLART e Y. LITTURE, *Cleavages: Ideologies and Party Systems*, Transactions of the Westermack, Helsinki 1964. Ver también J. J. LINZ, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Lynne Rienner, Boulder Co., 1985.

En efecto, esas reformas se han traducido en una creciente liberalización económica que parece poner en entredicho los planteamientos de quienes califican a China de «comunista» o «socialista» e, incluso, su carácter de «república popular», por más que éste aparezca recogido, como veíamos anteriormente, en la constitución del estado asiático.

En una «república popular», en un estado «socialista (real)» o en un estado «comunista» habríamos de encontrar una clara planificación económica por parte del estado que, sin embargo, es inexistente en el caso de China a pesar de la existencia de unos *planes quinquenales*² que sólo tienen de instrumento de intervención del estado en la economía su nombre, pues, atendiendo a su contenido, se trata claramente de medidas liberalizadoras.

Ahora bien, que no quepa calificar a la República Popular China de

² El último se aprobó en marzo de 2011 y estará vigente hasta 2015. El mayor peso del que se pretende dotar al sector servicios, las oportunidades que se brindan a empresas extranjeras y las mejoras legales que se pretenden auspiciar en algunos ámbitos, como la mejor protección de la propiedad intelectual, parecen indicar que, en efecto, el XII Plan Quinquenal sigue la tendencia marcada por sus predecesores desde la década de los ochenta.

estado «socialista (real)», «comunista» o de «economía planificada» no significa en modo alguno que al estado no le corresponda papel alguno en la economía en China. Por el contrario, el estado no es sólo un actor de primer orden en la economía china, sino que es, de hecho, el más importante, en la medida en la que no sólo participa en el juego económico, sino que también fija las reglas del mismo. En ese sentido, hay que recordar que algunas de las principales empresas existentes en China son propiedad del estado o están participadas por él, empresas que, por otra parte, disfrutan de acceso preferente al crédito y ventajas fiscales.

En consecuencia, en relación con el sistema económico chino, la denominación que parece más ajustada no son tanto las de comunista, socialista o de «economía planificada», sino el de capitalismo de estado. Un sistema capitalista, con elementos claros de economía de mercado, pero donde el estado es el actor más aventajado.

La complejidad del sistema chino se acentúa por el hecho de que en el plano político no se han producido hasta el momento cambios de tanta intensidad –ni una liberalización semejante– como los que han tenido lugar en el plano económico. En este sentido, el chino

sigue siendo un estado no democrático que mantiene buena parte de sus estructuras originales,, pero cuyo papel en la economía es muy diferente del que fue décadas atrás.

Así, en lo que hace al sistema político, nos encontramos con dos figuras clave: el Presidente y el Primer Ministro. Al primero lo nombra el Partido Comunista Chino, mientras la Asamblea Nacional Popular (el teórico poder legislativo) se limita a confirmarlo, el segundo es designado por el propio Presidente junto con el Partido Comunista, limitándose, de nuevo, la Asamblea Nacional Popular a ratificar su nombramiento. El poder ejecutivo se completa, por lo demás, con una serie de ministros nombrados por el partido –por más que teóricamente su designación corresponda al Consejo Nacional del Pueblo– que, junto con el propio Primer Ministro, forman el Consejo de Estado, el Gobierno de China en sentido estricto.

El Presidente y el Primer Ministro, como corresponde al solapamiento clásico de las estructuras del partido y el estado en los sistemas de partido único, son también los que ocupan las dos posiciones principales en el Comité Permanente del Politburó, el máximo órgano del Partido Comunista Chino.

Al Poder Ejecutivo lo acompaña, como es habitual, un Poder Legislativo ubicado en este caso en la antes mencionada Asamblea Nacional Popular. Este órgano sería en teoría el órgano supremo con capacidad legislativa, responsable de la elección del Presidente y la confirmación del Primer Ministro y ante quien debería responder este último. Sin embargo, decimos en teoría porque la realidad es que la verdadera elaboración de la legislación descansa en el Politburó, limitándose la Asamblea Nacional Popular a la ratificación de la legislación elaborada por aquél.

La «división de poderes» formal, que no real, en tres ramas se completa con la existencia de un Poder Judicial teóricamente independiente en cuya cúspide encontraríamos al Tribunal Supremo, responsable ante la Asamblea Nacional Popular. Esta última se encarga, por otra parte, de resolver las cuestiones de carácter constitucional que quedan, de ese modo, al margen del poder judicial. Hay que mencionar, por lo demás, la existencia de una fiscalía popular que funciona, también teóricamente, de forma independiente.

La realidad es que, pese a las reformas, la innegable mejora experimentada por la calidad de abogados, jueces y fiscales y la aparición desde la década de los ochenta de

despachos privados de abogados, la fiscalía aún gana la gran mayoría de los casos, no es infrecuente que los líderes del partido intervengan en el proceso judicial y el gobierno central aún toma decisiones políticas en relación con los casos considerados «sensibles».

En consecuencia, como vemos el conjunto del sistema político gira en torno al Partido Comunista y sus Órganos clave –el Comité Central, el Politburó y el Comité Permanente del Politburó–, a los que hay que sumar el Consejo de Estado y la Comisión Militar Central. Esta última es el máximo órgano militar y está compuesta íntegramente por militares con la excepción del presidente, posición ocupada por la misma persona que ostenta la de secretario general del partido y, en algún caso, del vicepresidente, que puede ser también un civil miembro del Comité Permanente del Politburó.

De este modo se puede decir que quien controla el Comité Permanente del Politburó, la Comisión Militar Central y el Consejo de Estado, controla China.

Por lo que hace al Comité Central del Partido, el Politburó y el Comité Permanente del Politburó hay que decir que su composición depende de lo decidido en el marco del Congreso del Partido Co-

munista Chino que se reúne cada cinco años. El Congreso es responsable de elegir a los miembros del Comité Central del partido que, a su vez, elegirá al Politburó que contará con un Comité Permanente. El dirigente de más alto rango de entre los que componen el Politburó es el Secretario General del partido³.

Con todo, el proceso no es tan transparente como podría parecer y la elección de abajo hacia arriba no es del todo real. Por el contrario, son los miembros del Comité Permanente del Politburó los que, en los meses –incluso años– anteriores al Congreso del Partido tratan de determinar quiénes serán los que les sucedan en las distintas posiciones clave, una realidad que, en el caso del recientemente celebrado XVIII Congreso del Partido Comunista Chino, no ha sido diferente, como veremos.

Las generaciones de líderes

Al frente de estos órganos –y con ello en el Control de la república Popular China– se van sucediendo las distintas «generaciones de líderes chinos» según su denominación habitual. En efecto, desde

³ A. J. NATHAN y B. GILLEY, *Los nuevos dirigentes de China*, Ediciones del Bronce, Barcelona 2004.

la proclamación de la República Popular China en 1949 y hasta la actualidad cabe hablar de cinco generaciones de líderes en el estado asiático, siendo la generación que sale victoriosa en el Congreso celebrado en noviembre de 2012 precisamente la quinta.

A la primera generación pertenecía el propio Mao Zedong, la segunda la encabezaba Deng Xiaoping, Jiang Zemin lideraría la tercera, Hu Jintao la cuarta y, finalmente, Xi Jinping encabezaría ahora la quinta.

La distinción entre las diferentes generaciones tiene, si cabe, más sentido por cuanto cada una posee características específicas que las diferencian de las demás. Así, como señala Cheng Li⁴, mientras que la primera y segunda generaciones estaban integradas fundamentalmente por soldados y campesinos, la situación es completamente distinta en el caso de la tercera y cuarta generaciones, compuestas en una elevada proporción por ingenieros, que dotaron a la política del estado asiático de un carácter notablemente tecnocrático, que alcanza su máxima expresión en la «teoría

⁴ CHENG LI, «Quinta generación de líderes: desafíos de la próxima sucesión», en *La Vanguardia Dossier*, 40, julio-septiembre 2011: 19-23.

del desarrollo científico» de Hu Jintao⁵.

La quinta generación de líderes y los cambios en el sistema político: ¿quién controla China?

En el caso de la quinta generación –denominada «Generación de la República» por haber nacido con posterioridad al establecimiento de la RPC– y la primera que no cuenta con el apoyo de Deng Xiaoping⁶, se produce un nuevo cambio, pues está integrada por individuos dotados de una formación académica mucho más diversa que en el caso de las dos generaciones anteriores, pero vinculada mayoritariamente a las ciencias sociales y jurídicas, y con experiencia de estudios en el extranjero⁷, lo que hace esperar de ella un cambio de rumbo –o cuando menos de estilo– en la dirección de la República Popular China.

Asimismo, esta quinta generación tampoco es monolítica en cuanto a la extracción social de sus compo-

⁵ J. PALTIEL, «China's Leaders – the Next Generation: Prospects and Challenges of the 18th Party Congress», en *Canada-Asia Agenda*, 32, 7 de noviembre de 2012.

⁶ OVERHOLT, «Reassessing China: Awaiting Xi Jinping», en *The Washington Quarterly*, 121-137, primavera 2012.

⁷ CHENG LI, *op. cit.*

centes. Así, mientras Xi Jinping es hijo de Xi Zhongxun, dirigente del partido de la primera generación y proviene de una familia con una posición social elevada, Li Keqiang cuenta con unos orígenes bastante más modestos⁸, pues es hijo de Li Fengsan, dirigente local del Partido.

Por otra parte, esta nueva generación de líderes parece contar entre sus integrantes con un mayor número de empresarios⁹, lo que también induce a pensar que se pueda ver una nueva orientación en la política china en los próximos años.

Más allá de todo ello, el proceso de conversión de la República Popular China de un sistema totalitario ha supuesto el tránsito de un liderazgo fuertemente personalista a uno mucho más basado en las instituciones y normas que rigen el sistema y más colegiado, tratando de evitar la arbitrariedad en las decisiones, algo que hará diferente el funcionamiento de la actual generación de líderes con respecto a las anteriores¹⁰.

En ese mismo sentido, esa transición a un sistema político autorita-

rio se ha visto acompañada, como es característico de tal tipo de sistemas, de la aparición de facciones o distintas sensibilidades en el seno del Partido Comunista Chino, inexistentes previamente –como también es lógico–, cuando la RPC respondía a los rasgos de un sistema totalitario. Así, a diferencia de lo que ocurría en el caso de las generaciones anteriores, entre los máximos líderes actuales de China encontramos representantes de más de una facción, en concreto de las dos principales corrientes presentes en el Partido Comunista Chino.

En concreto, mientras que Xi Jinping es miembro de la corriente elitista –en ocasiones denominados *principitos*–, integrada en su mayoría por descendientes de los primeros revolucionarios y altos funcionarios del partido partidarios de impulsar primordialmente los intereses de empresarios y emprendedores, Li Keqiang pertenece, como Hu Jintao o Wen Jiabao, a la corriente populista –también conocidos como *tuanpai*–, originarios de familias mucho más modestas y más preocupados por defender los intereses de los sectores de población más desfavorecidos, incluidos campesinos, inmigrantes y grupos urbanos de medio y bajo ingreso¹¹.

⁸ Idem.

⁹ Idem.

¹⁰ CHENG LI, «The Battle for China's Top Nine Leadership Posts», en *The Washington Quarterly*, 131-145, invierno 2012.

¹¹ Idem.

Con todo, es innegable que el nuevo hombre fuerte de la República Popular China –el que controlará el estado, el partido y el ejército– es Xi Jinping, el hasta ahora vicepresidente chino y vicepresidente de la Comisión Militar Central, elegido Secretario General del Partido, Presidente de la Comisión Militar Central como consecuencia de la dimisión de Hu Jintao –que, sin embargo, podía haber permanecido en esa posición dos años más como ya hiciera su predecesor en el cargo, el también expresidente chino Jiang Zemin–, y que, desde marzo de 2013, será también Presidente de la República Popular China.

Conclusiones: perspectivas para la República Popular China

No son pocos los autores, como el propio Cheng Li, que se muestran temerosos ante lo que puede deparar a China esta nueva generación en la medida en que consideran a quienes la lideran Xi Jinping, y aunque en menor medida, Li Keqiang, como más débiles que sus predecesores, y no ignoran ni las ambiciones de otros miembros de la élite política china ni el hecho de que otros dirigentes ya «retirados» como Jiang Zemin o el propio Hu Jintao es poco probable que abandonen la «tradicición» de

tratar de seguir influyendo en la política china.

Por otra parte esta generación de líderes habrá de enfrentarse a un contexto político-económico particularmente difícil, en el que el crecimiento chino parece ralentizarse, las sospechas y acusaciones de corrupción se han convertido en algo cotidiano y los problemas sociales se están intensificando y serán objeto de crecientes demandas de liberalización no sólo económica sino política, como las recientes protestas en relación con la libertad de prensa han vuelto a poner de manifiesto.

Y es que está claro que si la nueva generación de líderes no quiere fracasar y aspira a que China mantenga la posición que parece estar alcanzando en el contexto internacional, necesitarán no sólo recuperar los niveles de crecimiento mostrados por China hasta hace unos meses y que comienzan a descender peligrosamente –no alcanza siquiera el 8 por 100 de crecimiento del PIB y por debajo de esa cifra la República Popular entra en un proceso de destrucción de empleo–, sino introducir notables mejoras sociales –incluida la creación de un sistema nacional de salud, la mejora de las condiciones de trabajo y el impulso de una notable subida salarial– y gestionar las crecientes demandas de libertad de expresión.

El cambio en el liderazgo en China

En esa situación, el mutismo mostrado hasta el momento por los nuevos líderes –muy en especial por Xi Jinping– en torno a cuáles son sus planes de futuro o sus opiniones en los distintos asuntos, sólo ha añadido incertidumbre. Con todo, es innegable que cuando el recién elegido Xi Jinping ha expresado su opinión en algún asunto no sólo no ha sido ambiguo, sino que ha sido tajante y asertivo, incluso mucho más de lo que algunos consideran conveniente. En este sentido, las reacciones suscitadas por sus declaraciones en relación con la política exterior estadounidense y la actitud de Washington hacia la República Popular China han sido quizás el ejemplo más claro.

Con todo, y pese a las críticas, los actuales líderes chinos parecen relativamente bien equipados para hacer frente a estos problemas. En ese sentido, la pertenencia de los dos dirigentes principales a dos corrientes diferentes dentro del Partido Comunista Chino, lejos de ser un problema, puede convertirse en un activo, pues no sólo representarán mejor las distintas sensibilidades presentes en la sociedad china, sino que podrán po-

ner en marcha políticas más compensadas, más equilibradas.

Así, si por una parte será necesario, en consonancia con lo auspiciado por el último Plan Quinquenal, al que hacíamos referencia anteriormente, apostar por un mayor desarrollo del sector privado –que en los años de liderazgo de Hu Jintao y Wen Jiabao parece haber retrocedido–, hacer reformas estructurales que permitan el desarrollo de una verdadera economía de mercado, profundizar en la innovación y seguir potenciando el comercio internacional y la inversión extranjera, además de impulsar la liberalización del sistema financiero chino, cuestiones para las que Xi Jinping parece contar con la inclinación, la formación y la experiencia adecuadas, también será imprescindible poner en marcha políticas eficaces en materia de sanidad, sistema fiscal, vivienda, protección del medio ambiente o creación de oportunidades para toda la población, cuestiones que parecen ser objeto de la atención de Li Keqiang, quien además contaría con la capacidad de gestionarlas adecuadamente¹². ■

¹² Idem.